

daba á todos por su nombradía, y extraño entonces á la marcha de los negocios, andaba retraído, aunque censurando al gobierno y estimulando al parecer la cáustica y *chacharera* (1) pluma de Camilo, debía serles cada día más odioso, y no era de suponer que Robespierre se expusiese de nuevo por defenderlo.

Acostumbrados Robespierre y Saint-Just en nombre del comité á hacer las exposiciones de principios, y encargados en cierto modo de la parte moral del gobierno, mientras Barrere, Carnot, Billaud y otros desempeñaban la parte material y administrativa, extendieron dos informes, el uno *sobre los principios de moral que debían guiar al gobierno revolucionario*, y el otro sobre los arrestos de que se había lamentado Camilo en su *Antiguo Franciscano*. Vamos á ver cómo estos dos espíritus sombríos concebían el gobierno revolucionario, y los medios de regenerar un Estado.

En la sesión del 17 pluvioso (5 de febrero) se expresaba Robespierre en estos términos:

«El principio del gobierno democrático es la virtud, y su medio, en tanto que se establece, es el terror. Queremos que substituya en nuestro país la moral al egoísmo, la probidad al honor, los principios á las costumbres, el deber al decoro, el imperio de la razón á la tiranía de la moda, el desprecio del vicio al de la desgracia, la gravedad á la insolencia, la grandeza de alma á la vanidad, el amor de la gloria al del dinero, los hombres honrados á los disipadores, el mérito á la intriga, el genio á la agudeza, la verdad al brillo, el encanto de la felicidad á los fastidios del deleite, la grandeza del hombre á la pequeñez de los grandes, un pueblo magnánimo, poderoso y feliz, á un pueblo complaciente, frívolo y miserable; esto es: todas las virtudes y los milagros de la república, á todos los vicios y ridiculeces de la monarquía.»

Para conseguir este objeto, se necesitaba un gobierno austero y enérgico que arrollase todo género de resistencia. Había por una parte la ignorancia brutal y codiciosa, que no quería en la república más que trastornos, y por otra la vil y baja corrupción que apetecía las delicias del lujo antiguo, y que no podía avenirse á las enérgicas virtudes de la democracia. De aquí se originaban dos facciones: la una que quería llevarlo todo al extremo, que traspasaba todos los límites, y que para atacar la superstición procuraba destruir al mismo Dios, y verter sangre á torrentes bajo el pretexto de vengar á la república; y la otra, débil y viciosa, que no se consideraba suficientemente virtuosa *para ser terrible*, y se apiataba cobardemente de todos los sacrificios necesarios que exigía el establecimiento de la virtud. Una de estas facciones, decía Saint-Just en su informe de 26 de febrero, quería *trocarse la libertad en bacante*, y la otra en *prostituta*.

Tanto Robespierre como Saint-Just enumeraban los desvarios de algunos agentes del gobierno revolucionario, y de dos ó tres procuradores del Ayuntamiento que habían intentado renovar la energía de Marat, haciendo de este modo alusión á todas las locuras de Hebert y de los suyos. Iban también señalando las faltas de debilidad, de condescendencia y sensibilidad que se imputaban á los nuevos moderados; vituperábanles el condolerse de las viudas de los generales, de

(1) Expresión del mismo Camilo.

los intrigantes de la antigua nobleza, y de los aristócratas; y de hablar, en fin, incesantemente de las severidades de la república, muy inferiores á las crueldades de las monarquías. «Tenéis, decía Saint-Just, cien mil presos, y el tribunal revolucionario ha condenado ya á trescientos culpables; pero en tiempo de la monarquía había cuatrocientos mil presos, se ahorcaban anualmente quinientos mil contrabandistas y se descuartizaban tres mil hombres; hoy mismo hay en Europa cuatro millones de presos, cuyos gritos no podéis oír, y en tanto que vuestra parricida moderación deja triunfar á los enemigos de vuestro gobierno, nos estamos abrumando con insultos y reconvenções, y los reyes, mil veces más crueles que nosotros, descansan y duermen sobre el crimen.»

Robespierre y Saint-Just, acordes en su sistema, añadían que estas dos facciones, opuestas al parecer, tenían un punto de apoyo común: el extranjero que los ponía en movimiento para perder á la república.

Ya se echa de ver cuánto fanatismo político y cuánto odio entrañaba el sistema del comité. Camilo, por alusiones y aun por expresiones directas, se veía atacado, así como sus amigos, y respondía en su *Antiguo Franciscano* al sistema de la virtud con el de la felicidad. Decía que amaba la república, porque ésta debía producir la felicidad general; porque el comercio, la industria y la civilización se habían desarrollado con más esplendor en Atenas, en Venecia y Florencia que en todas las monarquías; y porque la república podía realizar únicamente los mentidos deseos de la monarquía, que se reducían á que cada cual pudiese echar *gallina en el puchero*. «¿Qué le importaría á Pitt, exclamaba Camilo, que la Francia fuese libre si la libertad no nos sirviese más que para llevarnos á la ignorancia de los antiguos galos, á sus *gregüescos*, á sus *abaracas*, á su báculo de encina y sus chozas de barro? En vez de entristecerse, me parece que Pitt daría muchas guineas para que semejante libertad se estableciese entre nosotros; pero lo que enfurecería al gobierno inglés sería el que se dijese de la Francia lo que Dicearco decía de la Ática: «En ninguna parte del mundo se puede vivir más agradablemente que en Atenas, téngase ó no dinero. Los que se han enriquecido con su comercio ó industria pueden procurarse en ella todos los goces imaginables; y en cuanto á aquellos que buscan enriquecerse, hay tantos talleres en donde se gana con qué divertirse en las ANTESTERIAS y ahorrar todavía, que no puede uno quejarse de su pobreza, sin culparse á sí mismo de su desidia.»

«Estoy, pues, íntimamente convencido de que la libertad no existe en una igualdad de privaciones, y que el elogio más bello de la Convención sería el que se pudiese tributar á sí propia este testimonio: «He hallado á la nación desnuda y la dejo cumplidamente ataviada.»

«Encantadora democracia, añadía Camilo, la de Atenas! Solón, si no fué un pisaverde, no dejó por eso de considerarse como el modelo de los legisladores, y de ser proclamado por el oráculo como el primero de los siete sabios, aunque no tenía reparo en confesar su inclinación al vino, á las mujeres y á la música; y es tal la reputación de que goza su sabiduría, que aún hoy no se pronuncia su nombre en la Convención y en los jacobinos sino como el del mayor legislador. ¡Cuántos hay entre nosotros que están en opinión de aristócratas

y de Sardanápalos que no han hecho jamás semejante profesión de fe!

«Dígalo si no aquel divino Sócrates, que encontrando un día á Alcibiades sombrío y pensativo, tal vez porque habría recibido alguna carta de Aspasia: «¿Qué tenéis?, le dice el más grave de los Mentores; ¿habríaís perdido acaso vuestro broquel en la batalla? ¿Habéis quedado vencido en el campo, en la carrera, ó en la sala de armas? ¿Hubo alguno que cantase ó tocase mejor la lira que vos en la mesa del general?» Este solo rasgo pinta las costumbres. ¡Qué republicanos tan amables!»

Lamentábase en seguida Camilo de que á las costumbres de Atenas no se quisiese añadir la libertad del lenguaje que reinaba en aquella república. Aristófanes, decía, sacaba á la escena generales, oradores, filósofos y aun al mismo pueblo; y este pueblo de Atenas, escarncido, ya bajo el aspecto de un anciano, ya bajo el de un joven, lejos de incomodarse, proclamaba á Aristófanes vencedor en los juegos y le estimulaba con aplausos y coronas. Muchas de sus comedias iban dirigidas contra los *ultrarrevolucionarios* de aquel tiempo, y las burlas ocasionadas eran crueles. «Y si hoy, añadía Camilo, se tradujese alguna de aquellas comedias ejecutada cuatrocientos treinta años antes de Jesucristo, bajo el arconte Stenocles, sostendría Hebert en los franciscanos que la pieza era recién compuesta, inventada tal vez por Fabre d'Eglantine contra él y Ronsin, y que el traductor era la causa de la carestía.»

«Sin embargo, continuaba Camilo con tristeza, me engaño cuando digo que los hombres han cambiado: siempre han sido los mismos, y la libertad de hablar no ha estado más protegida en las repúblicas antiguas que en las modernas. Sócrates, acusado de haber hablado mal de los dioses, bebió la cicuta; y Cicerón, por haber atacado á Antonio, fué proscrito.»

De esta suerte, aquel desgraciado joven parecía adivinar que no se le perdonaría á él tampoco la libertad de que usaba (1). Aquellas agudezas y aquella elocuencia irritaban al comité, y mientras vigilaba á Ronsin, á Hebert, á Vincent y á todos los alborotadores, concebía un encono funesto contra el amable escritor que se reía de sus sistemas; contra Dantón, que creían le inspiraba, y en fin, contra todos los hombres que se suponían amigos ó partidarios de estos jefes.

A fin de no apartarse el comité de la línea que se había trazado, presentó dos decretos á continuación de los informes de Robespierre y de Saint-Just, encaminados, decía, á labrar la dicha del pueblo á costa de sus enemigos. Por medio de estos decretos, el comité de seguridad general quedaba facultado únicamente para examinar las reclamaciones de los presos, y ponerlos en

(1) Tan persuadido estaba de esto el popular periodista, que en cierta ocasión en que un oficial amigo suyo, el cual fué después el célebre mariscal Brune, pasó á su casa á rogarle que tuviera más cuidado con lo que escribía, Camilo contestó bromeándose y manifestando sus impulsos generosos. A esta entrevista asistía su joven esposa, la graciosa Lucila, tan encomiada en las Memorias de aquel tiempo, la cual, abrazando á su marido, dijo á Brune: — ¡Dejadle!, ¡dejadle que cumpla su misión! ¡El salvará á su patria!

Camilo devolvió el abrazo á Lucila, y poniéndose á almorzar dijo al militar, en latín, para que su esposa no lo entendiese: — *¡Edamus et bibamus, cras enim moriemur!* (Comamos y bebamos, porque mañana moriremos.)

libertad si reconocía que eran patriotas. Al contrario, todos aquellos que fuesen reconocidos por enemigos de la revolución, quedarían encarcelados hasta la paz, desterrados luego para siempre, y sus bienes, secuestrados provisionalmente, debían repartirse á los patriotas indigentes, cuyas listas formarían los Ayuntamientos (2). Esto era en sustancia aplicar la ley agraria contra los sospechosos y en beneficio de los patriotas, y el espíritu de ambos decretos, ideados por Saint-Just, se encaminaba á los *ultrarrevolucionarios*, y á conservar al comité su reputación de enérgico.

En este tiempo, los conjurados se agitaban con más violencia que nunca. Nada prueba que sus proyectos estuviesen bien decididos, ni que hubiesen puesto á Pache y al Ayuntamiento al corriente de sus tramas; pero se iban preparando como el 31 de mayo, sublevaban á las sociedades populares, á los franciscanos y á las secciones; esparcían voces amenazadoras y procuraban aprovecharse de las turbulencias que suscitaba la escasez, cada día mayor y más sensible.

De repente se ven aparecer en las plazas y mercados carteles y pasquines anunciando que la Convención era la causa de todos los males del pueblo, y que era preciso arrancar de allí la facción peligrosa, que intentaba reproducir los brisotistas y su funesto sistema. Algunos de aquellos escritos decían que toda la Convención debía ser renovada, que era preciso elegir un jefe, y organizar el poder ejecutivo, etc...; en una palabra, vertíanse en aquellos escritos todas las ideas que se habían agitado en la mente de Vincent, Ronsin y Hebert, pareciendo revelar su origen. Al mismo tiempo se vió á los *charreteristas* más turbulentos é insolentes que nunca, amenazando en voz alta con que iban á dar muerte en las cárceles á los enemigos que la Convención pervertida se obstinaba en perdonar. Decían que muchos de los patriotas se hallaban injustamente confundidos en las prisiones con los aristócratas; pero que se iba á entresacarlos, y que se les daría á la vez la libertad y armas. Ronsin, vistiendo gran uniforme de general del ejército revolucionario, con una banda tricolor y un gran penacho de plumas encarnadas, y rodeado de algunos de sus oficiales, recorría las cárceles, pedía los registros y formaba listas.

Era el 15 ventoso: la sección de Marat, presidida por Momoro, acababa de reunirse, é indignada, según dice, de las maquinaciones de los enemigos del pueblo, se declara por unanimidad en permanencia; añade que va á cubrir con un velo el cuadro de los derechos del hombre, y que permanecerá en aquel estado hasta que se aseguren al pueblo las subsistencias y la libertad, castigándose á sus enemigos. En la misma noche se reunen tumultuosamente los franciscanos; trázase entre ellos el cuadro de los padecimientos públicos; dase cuenta de las persecuciones que han sufrido recientemente los dos grandes patriotas Vincent y Ronsin, los cuales, según se dice, están enfermos en el Luxemburgo, sin poder conseguir que les cuide un médico; y en su consecuencia se declara la patria en peligro y se vela el cuadro de los derechos del hombre. Así habían comenzado todas las insurrecciones, por la declaración

(2) Decreto del 8 y 13 ventoso, año 11 (21 de febrero y 3 de marzo).

de estar suspensas las leyes, y que el pueblo entraba en el ejercicio de su soberanía.

Al día siguiente, 16, la sección de Marat y los franciscanos se presentan en el Ayuntamiento para darle á conocer sus acuerdos é inducirle á que adopte iguales medidas. Pache había tenido buen cuidado de no ir: el llamado Lubin, que presidía el consejo general, contesta á la diputación con visible embarazo, diciendo que en el instante en que la Convención adopta medidas tan enérgicas contra los enemigos de la revolución, y para socorrer á los patriotas indigentes, parece extraño que se dé la señal de peligro velándose la declaración de los derechos. Fingiendo después justificar al consejo general, como si se le acusara, Lubin añade que el consejo ha hecho todos sus esfuerzos para asegurar las subsistencias, regulando la distribución. Chaumette pronuncia un discurso igualmente vago; recomienda la paz, y pide el informe sobre el cultivo de los jardines de recreo, y el abastecimiento de la capital, que, según los decretos, debe quedar provista como una plaza de guerra.

Así, pues, los jefes del Ayuntamiento vacilaban, y el movimiento, aunque tumultuoso, no era bastante pronunciado para impulsarles, inspirándoles el valor de vencer al comité y á la Convención. El desorden, sin embargo, era grande; la insurrección comenzaba como todas aquellas que en otro tiempo habían triunfado, y no debía inspirar menores inquietudes. Por una enojosa coincidencia, el comité de salvación pública se veía privado en aquel instante de sus individuos más influyentes. Billaud-Varennes y Jean-Bon-Saint-André estaban ausentes por asuntos administrativos; Couthón y Robespierre estaban enfermos, y este último no podía ir á gobernar á sus fieles jacobinos. Sólo quedaban Saint-Just y Collot-d'Herbois para frustrar aquella tentativa. Dirígenle ambos á la Convención, donde se reunían los diputados tumultuosamente, temblando de espanto; á propuesta suya se envía á llamar al punto á Fouquier-Tinville, y se le encarga que vaya á buscar en el acto á los distribuidores de escritos incendiarios diseminados en las plazas, á los agitadores que perturban las sociedades populares, y á todos los conspiradores, en fin, que amenazan la tranquilidad pública. Se le ordena por medio de un decreto que los arreste en el acto y presente un informe á la Convención en el término de tres días.

Poco era tener un decreto de la Convención, porque jamás los había rehusado contra los perturbadores, ni los negó tampoco á los girondinos contra el Ayuntamiento sublevado; pero era necesario asegurar la ejecución de estos decretos haciéndose dueño de la opinión. Collot, que tenía gran popularidad en los jacobinos y franciscanos por su elocuencia de club, y particularmente por una energía bien conocida en cuanto á sus sentimientos revolucionarios, queda encargado de la jornada, y se dirige apresuradamente á los jacobinos. Apenas se hallan reunidos, trázales el cuadro de las facciones que amenazan la libertad y de los complotes que preparan. «Debe abrirse una nueva campaña, dice, y los cuidados del comité, gracias á los cuales ha terminado tan felizmente la anterior, iban á asegurar á la república nuevas victorias. Contando con vuestra confianza y aprobación, que siempre cuidó de merecer,

entregábase á sus trabajos; pero de repente, nuestros enemigos han querido entorpecer su marcha, sublevando á su alrededor á los patriotas, para indisponerlos é inducirles á que se maten entre sí. Se nos quiere convertir en soldados de Cadmo; quieren inmolarnos por nuestras propias manos; pero no, no seremos los soldados de Cadmo; gracias á vuestro recto juicio, permaneceremos amigos, para ser sólo soldados de la libertad! Apoyado en vosotros, el comité sabrá resistir con energía, reprimir á los agitadores, rechazarlos fuera de las filas de los patriotas y proseguir sus trabajos y vuestras victorias después de este sacrificio indispensable. El puesto que nos habéis señalado, añade Collot, es peligroso; pero ninguno de nosotros tiembla ante el peligro; el comité de seguridad general acepta su penosa misión de vigilar y perseguir á todos los enemigos que conspiran en secreto contra la libertad; el comité de salvación pública no descuida nada para llevar á cabo su inmensa tarea; pero ambos necesitan ser apoyados por vosotros. En estos días de peligro somos poco numerosos: Billaud y Jean-Bon se hallan ausentes; nuestros amigos Couthón y Robespierre están enfermos; queda, pues, un reducido número para combatir á los enemigos del bien público; y es preciso que nos apoyéis ó que nos retiremos.»—«¡No, no!; no os retiréis, exclaman los jacobinos; nosotros os sostendremos.»

Unánimes aplausos acompañan á estas palabras animosas; y Collot continúa, refiriendo entonces lo que ha ocurrido en los franciscanos. «Hay hombres, dice, que jamás han tenido el valor de sufrir algunos días de arresto; hombres que no han padecido nada en la revolución; hombres cuya defensa tomamos cuando los creímos oprimidos, y que han intentado promover una insurrección en París, porque se les detuvo algunos instantes. ¡Una insurrección porque dos hombres padecieron, y porque no les asistió un médico cuando estaban un poco malos! ¡Caiga el anatema sobre aquellos que piden una insurrección!—¡Sí, sí, anatema! gritaron todos los jacobinos á la vez.—Marat era franciscano, continúa Collot; Marat era jacobino; pues bien; él también fué perseguido, sin duda mucho más que esos hombres de un día; se le condujo ante el tribunal donde no debían comparecer sino aristócratas; y ¿promovió por eso una insurrección? No; la insurrección sagrada, la que debe librar á la humanidad de todos aquellos que la oprimen, nace de sentimientos más generosos que el mezquino impulso á que nos quieren arrastrar; pero no caeremos. El comité de salvación pública no cederá á los intrigantes; adopta medidas enérgicas y vigorosas, y aunque hubiese de sucumbir, no retrocederá ante tan gloriosa misión!»

Apenas acabó de hablar Collot, Momoro quiere tomar la palabra para justificar á la sección Marat y á los franciscanos. Conviene en que se ha velado la declaración de los derechos, pero no reconoce los demás actos; niega el proyecto de insurrección, y sostiene que la sección Marat y los franciscanos están animados de los mejores sentimientos.

Cuando los conspiradores se justifican están perdidos; si no pueden confesar la insurrección, y el solo enunciado del objeto no produce un impulso favorable en las opiniones, ya no pueden hacer nada. Escúchase á Momoro con marcada desaprobación, y se encarga á

Collot que vaya á fraternizar con los franciscanos en nombre de los jacobinos, y atraer de nuevo á estos hermanos, extraviados por pérfidas sugerencias.

Era muy entrada la noche y Collot no podía ir á los franciscanos hasta el día siguiente 17; pero el peligro, aunque espantoso al principio, no era ya temible, siendo evidente que la opinión no estaba favorablemente dispuesta por los conjurados, si tal nombre podemos darles. El Ayuntamiento había ya retrocedido; los jacobinos estaban por el comité y por Robespierre, aunque éste se hallase ausente y enfermo; y los franciscanos, débilmente dirigidos á pesar de su impetuosidad, y abandonados sobre todo por el Ayuntamiento y los jacobinos, no podían menos de ceder á la facundia de Collot-d'Herbois, y á la gloria de ver en su seno á tan famoso individuo del gobierno. Vincent con su fenesí, Hebert, con su indecente periódico, cuyos números multiplicaba, y Momoro con sus decretos de la sección Marat no podían determinar un movimiento decisivo; sólo Ronsin, con sus *charreteristas* y abundantes municiones, hubiera podido intentar un golpe de mano. No le faltaba audacia para ello; pero sea que no la encontrase en sus amigos, ó ya porque no contara suficientemente con su tropa, no obró; del 16 al 17 se redujo todo á agitaciones y amenazas. Los *charreteristas*, diseminados en las sociedades populares, produjeron un gran tumulto; pero no osaron recurrir á las armas.

En la noche del 17 se presentó Collot en los franciscanos, donde fué acogido con grandes aplausos: díjoles que secretos enemigos de la revolución trataban de extraviar su patriotismo; que se había querido declarar á la república perdida, mientras que la monarquía y la aristocracia estaban á los alcances; que se había tratado de indisponer á los franciscanos y jacobinos, cuando debían constituir por el contrario una sola milicia, unida en principios é intenciones; que aquel proyecto de insurrección, aquel velo echado sobre la declaración de los derechos, regocijaba á los aristócratas; que la víspera, siguiendo todos ellos el ejemplo, velaron en sus salones dicha declaración; y que así, para no colmar de placer al enemigo común, debían apresurarse á descubrir el código sagrado de la naturaleza. Los franciscanos se entusiasmaron, aunque había entre ellos muchos dependientes de Bouchotte; apresuráronse á dar una prueba de arrepentimiento; arrancaron el velo que cubría la declaración de los derechos y entregáronle á Collot, encargándole que asegurase á los jacobinos que siempre marcharían por la misma senda.

Collot-d'Herbois corrió á anunciar á los jacobinos su victoria sobre los franciscanos y los ultrarrevolucionarios. Los conjurados quedaban, pues, abandonados por todas partes; no les restaba más recurso que dar un golpe de mano, y ya hemos dicho que esto era casi imposible. El comité de salvación pública resolvió evitar todo movimiento por su parte, mandando detener á los principales jefes para enviarlos acto continuo al tribunal revolucionario; y encargó á Fouquier que anotara los hechos que podían suponer un complot, y redactase inmediatamente una acta de acusación. Saint-Just recibió al mismo tiempo el encargo de presentar á la Convención un informe contra las facciones reunidas que amenazaban la tranquilidad del Estado.

El 23 ventoso (13 marzo), Saint-Just lee su informe.

Según el sistema adoptado, presenta al extranjero haciendo obrar á las dos facciones: la una compuesta de hombres sediciosos, incendiarios, difamadores y ateos, que trataban de introducir por la exageración el trastorno en la república; la otra formada por hombres pervertidos, agiotistas y concusionarios, que habiéndose dejado seducir por el cebo de los placeres, querían enervar la república y deshonorarla. Dice que una de estas facciones, tomando la iniciativa, había tratado de levantar la bandera de la rebelión; pero que iba á ser detenida, y que en su consecuencia pedía una sentencia de muerte contra todos aquellos, en general, que hubiesen meditado la subversión de los poderes, maquinado la corrupción del espíritu público y de las costumbres republicanas, entorpecido la llegada de los víveres y contribuido en cierto modo al plan fraguado por el extranjero. Saint-Just añade después que desde aquel momento se debía PONER Á LA ORDEN DEL DÍA LA JUSTICIA, LA PROBIDAD Y TODAS LAS VIRTUDES REPUBLICANAS.

En este informe, escrito con fanática violencia, todas las facciones quedaban igualmente amenazadas; pero entregábase sólo marcadamente al tribunal revolucionario á los conspiradores ultrarrevolucionarios, tales como Ronsin, Vincent, Hebert, etc., y los pervertidos Chabot, Bazire Fabre y Julián, autores del falso decreto. Hacíase una siniestra reticencia respecto á los que Saint-Just llamaba *indulgentes y moderados*.

En la tarde del mismo día, Robespierre se presenta en los jacobinos con Couthón, y ambos son acogidos con aplausos; rodéanles, felicitánles por el restablecimiento de su salud, y se promete á Robespierre una fidelidad sin límites. Este último pide para el día siguiente una sesión extraordinaria á fin de aclarar el misterio de la conspiración descubierta, y accédese á ello desde luego. El afán del Ayuntamiento no es menos grande: á propuesta del mismo Chaumette se pide el informe que Saint-Just había leído en la Convención, y envíase á la imprenta de la república á buscar un ejemplar para proceder á su lectura. Todo se somete dócilmente á la autoridad triunfante del comité de salvación pública. En la misma noche del 23 al 24, Fouquier Tinville manda arrestar á Hebert, Vincent, Ronsin, Momoro, Mazuel, uno de los oficiales de Ronsin, y por último, al banquero extranjero Kock, agiotista ultrarrevolucionario en cuya casa comían á menudo Hebert, Ronsin y Vincent, y donde fraguaban todos sus proyectos. De este modo, el comité tenía dos banqueros extranjeros, para persuadir á todo el mundo que las facciones eran impulsadas por la coalición: el barón de Batz debía servir para probar este hecho contra Chabot, Julián, Fabre, y todos los pervertidos y moderados; y Kock para demostrar la misma cosa contra Vincent, Ronsin y los ultrarrevolucionarios.

Los denunciados se dejaron arrestar sin resistencia y se les trasladó al día siguiente al Luxemburgo. Los prisioneros acudieron alegremente para ver llegar á aquellos furiosos que tanto les habían atemorizado amenazándoles con un nuevo septiembre. Ronsin mostró mucha firmeza é indiferencia; el cobarde Hebert estaba abatido; Momoro consternado, y á Vincent le sobrecojieron convulsiones. Bien pronto circuló por París el rumor de estas prisiones, produciendo universal regoci-